



91 402 0033
revista@letraslibres.es
www.letraslibres.com/suscripcion

LETRAS
LIBRES

sus
cri
base

50€
anual



LETRILLAS

62 *Cataluña: la
broma infinita*

63 *Los exiliados
románticos*

67 *Bukowski
revisitado*

70 *Los animales
y la política*

73 *¿En qué
creemos?*

POLÍTICA

La broma infinita

1.

MIGUEL AGUILAR

“Se ha terminado la broma.” Así justificó Xavier García Albiol, candidato del PP en las pasadas elecciones catalanas, la reforma del Tribunal Constitucional que presentó escasas semanas antes de los

comicios. Fue llamativo que compareciera él junto al portavoz del PP en el Congreso para explicar la medida, a la que igual le hubiera ido mejor otra frase hecha: “el que la hace, la paga”. Al fin y al cabo se trata de dotar de capacidad sancionadora al TC cuando funcionarios y gobernantes ignoren sus decisiones, medida tomada mirando fijamente el Palau de la Generalitat y muy representativa de la miopía y la torpeza con que el actual Gobierno ha tratado la “cuestión catalana”. Pues bien, pasadas las elecciones, la broma continúa; de hecho, los tintes cómicos empiezan a desbordarse y hemos dejado a Lubitsch muy atrás para entrar en el terreno *Aterrizo como puedas*. Se ha descorbatado un presidente *business-friendly*; la gobernabilidad de una de las regiones más ricas de España está en manos de un partido asambleario y anticapitalista (por otro lado, el más coherente hasta ahora de los que se presentaban); el independentismo más radical se declara entusiasta del pasaporte español; el presidente del Gobierno descubre en directo que los catalanes no pueden perder sin más la nacionalidad española (ni la europea); la colla de gegants de Puigcerdà está a punto de ser expulsada del pueblo tras desfilarse al son del himno español en Torrejón de Ardoz...

2. “Hemos ganado en votos y escaños.” La broma continúa en gran parte por unos resultados que permiten incluso la lisérgica afirmación de Oriol Junqueras de haber ganado un plebiscito con un 47% de los votos. Nadie ha ganado del todo, y nadie ha perdido del todo (salvo Unió, que saltó del barco independentista demasiado tarde). Como siempre en las noches elec-



Se han solucionado problemas mucho más graves que el de Cataluña, solo hacen falta voluntad política y capacidad de diálogo.

torales, todo depende del color del cristal con que se mira, y hasta Albiol, con ocho escaños menos que en 2012, se ufana de que el secesionismo había sido derrotado. Pero se impone un repaso somero: Juntspelsi ganó las elecciones pero perdió el plebiscito y suma nueve escaños menos que los que tenían CiU y ERC juntas en la anterior legislatura; además CDC se ha quedado con 29, cuando en el 2010 con Unió llegó a 62. El PSC aguantó mejor de lo esperado, y los bailes de Miquel Iceta sirvieron para desdramatizar una campaña imbuida de falsa épica (“el vot de la teva vida”, pero nadie se engaña: las revoluciones de verdad se montan en reuniones clandestinas, no en el palacio de gobierno y retransmitidas en directo). Sin embargo, sus dieciséis escaños son la peor cosecha de su historia. El magro resultado de Catalunyaesquespot ha demostrado que la campaña y el candidato importan (y si me apuran, el nombre del partido también). Los dos que se ganaron una buena juerga ese domin-

go son Ciudadanos y la CUP (aunque es poco probable que Rivera y Baños se la corrieran en el mismo local), que triplicaron prácticamente su representación.

3. “Un sol poble”, cantaban los fieles en la (fugaz) celebración de Juntspelsi en el Borne. Casi a la misma hora la muchachada ciudadana coreaba “Yo soy español, español, español” en el hotel Barceló Sants. Puede que ese sea el mejor reflejo de la fractura social catalana y de la in-comunicación actual; ni Cataluña es un solo pueblo ni se puede ignorar que en todos los municipios salvo en 34 (de 947) ganaron opciones independentistas, en muchos casos con porcentajes por encima del 70%. Reconstruir la cohesión de Cataluña exige recuperar un catalanismo no independentista y compatible con algún grado de españolidad. Una opción tan necesaria como minoritaria tras la implosión de los dos partidos centrales de la anterior etapa: CiU y el PSC sumaban 90 escaños en las elecciones de 2010, hoy suman 45, exactamente la mitad.

4. “La mano tendida.” El 5 de octubre, pocos días después de las elecciones, Mas publicó un vibrante artículo en *The Guardian* titulado “El pueblo de Cataluña ha hablado. ¿Escuchará el Gobierno de Madrid?” (merece la pena leerlo: búscuenlo). La pena es que aunque se daba por ganador del plebiscito, no podía ocultar la cifra real del 47% de apoyo, así

que el texto renqueaba desde la cuarta línea por más inyecciones de épica y apelaciones a una identidad que se remonta al siglo XI y a ser el 129º presidente de la Generalitat que siguieran. Pero lo interesante es el final, donde, al estilo de Arafat y su rama de olivo, dice “Nuestras manos están tendidas, pero Madrid nunca afloja su puño.” Claramente, el señor Mas no es lector de *Letras Libres*, o lo es sin provecho, pues hace casi un año en estas páginas ya se le explicó que el principal problema no lo tenía con Madrid, sino dentro de Cataluña. En esta ocasión, además, vamos a ir un paso más allá. El airado gesto con que los independentistas afirman desde primeros de septiembre que intentan negociar desesperadamente y Madrid no quiere obvia explicar que lo que quieren negociar son las condiciones de la independencia. No buscan una solución a los agravios o injusticias (atendibles o locoides, reales o figurados, materiales o simbólicos); lo único que quieren es la independencia. Pues bien, eso no es negociar, y cuando ni siquiera se tiene el apoyo de la mitad de la población no es que sea innegociable para la parte contratante, es que debería ser implan- teable para adultos en plena posesión de sus facultades. Pidan puertos y aeropuertos, rótulos, gestión de impuestos, corredores mediterráneos y blindajes lingüísticos. La lista es larga y será complicado, pero para ese viaje tendrán compañeros.

5. “Siento la mano de la historia sobre nuestros hombros.” Eso dijo un casi imberbe Tony Blair al llegar a las conversaciones de paz de Irlanda del Norte el 7 de abril de 1998. Tras meses de trabajo dirigido por el senador Mitchell y una maratón negociadora de 72 horas con la implicación absoluta del propio Blair y el presidente irlandés Bertie Ahern, se logró arrancar un pacto a unionistas protestantes y republicanos católicos y sentar las bases de una paz prolongada tras un conflicto que había ocasionado más de 3.500 muertos. Al cabo de pocos años, los seis condados eran gobernados por el reverendo Ian Paisley con Martin McGuinness como vicepresidente, el equivalente a que España en 1982 fuera gobernada por Blas Piñar con Carrillo de segundo. Desengañémonos, se han solucionado problemas mucho más graves que el de Cataluña, solo hacen falta voluntad política y capacidad de diálogo. Mientras llegan, la broma sigue, cada vez con menos gracia. —

MIGUEL AGUILAR (Madrid, 1976) es director editorial de Debate.



CINE ROSEBUD

Exilio y deriva



VICENTE MOLINA FOIX

Jonás Trueba guardó un silencio y se hizo mayor con *Los ilusos* (2013), que no se estrenó en cines comerciales. De la tercera, *Los exiliados románticos*, se ha subrayado su filiación rohmeriana, que el director no ha negado, por elegancia más que por modestia, aunque sin mostrar mucho convencimiento, y con razón: Rohmer asoma (menos, a mi juicio, de lo que Godard lo hacía en *Los ilusos*), pe-

espués de una primera película, *Todas las canciones hablan de mí* (2010), que ya mostraba tendencia a la logomaniac y tenía, sobre todo al final, brotes de gran encanto adolescente,

ro hay también otra *nouvelle vague*, Rivette, y Eustache, en su cine, como la viene habiendo en la filmografía de tantos cineastas de todas las latitudes nacidos a partir de 1970. En otro orden de influjos, mientras veía con una enorme felicidad *Los exiliados románticos*, tuve el pálpito de que podía haber más franceses en la genealogía de su autor, y sobre todo uno, Guy Debord.

El cine del más joven de los cineastas Trueba no es radical como el de algunos miembros de la Internacional Situacionista, ni se puede entender que su notable gusto por la cita, tanto literaria como fílmica, sea una vicisitud del *détournement* o “reapropiación” que tanto preconizaba Debord, inductor y *maître à penser* del movimiento. Piense Jonás en él o no, lo haya leído o no, el viaje de los tres amigos que se relata en *Los exiliados románticos* parece una “deriva” al modo en que el situacionismo, a partir del texto “Teoría de la deriva”, publicado por Debord en 1956, la proponía, alejándose del precedente deambulatorio de estricto programa irracional llevado a cabo por los surrealistas. La deriva “situacionista” es lo contrario, pues se caracteriza, según escribió el propio Debord en el citado ensayo, “por un estilo de vida li-

bre e, incluso, por ciertas diversiones consideradas dudosas”, asociadas a un desapego que hace a sus ejecutantes marginales o apátridas. Y así son los tres amigos, Vito, Luis y Francesco, que en el arranque de *Los exiliados románticos* emprenden un viaje a Francia en una furgoneta desvencijada, divirtiéndose a veces dudosamente, con la libertad de los desamparados, pero llevados los tres —es el leve suspense que se desvela poco a poco— por una finalidad muy alejada de las exaltadas aunque cerebrales búsquedas pulsionales que André Breton y Louis Aragon se marcaban al azar de las calles de París, en pos de sus magas soñadas. Los exiliados de Trueba son románticos, es decir, ingenuos, y conocen los tres sus objetivos sentimentales, que van apareciendo, en una gradación acertadísima de tono y tempo, en las figuras de las chicas que aman, reciben o pretenden, Renata, Isabelle y Vahina. Las tres carnales, y dos muy locuaces.

Película “basada más en ciertos ideales que en hechos reales”, como dice el burlón cartel de los créditos finales, uno de los lo-

propio relato e independientes de su hacedor cinematográfico, insolentes con él quizá; pero a la vez, y es la segunda sensación, se impone la gana de seguirles más lejos, a un nuevo lugar de Francia o en un regreso a lo que imaginamos que ha de pasar en su ciudad de origen, o allí mismo sorprendernos.

Jonás Trueba ha dicho en una entrevista publicada recientemente en los cuadernos de cine *Caimán* que *Todas las canciones hablan de mí* “era una película de guion escrito, *Los ilusos* es un filme de guion en montaje, y esta es una película de guion en rodaje”. La declaración resulta plausible, e inquietante. Dado que varios de los actores de *Los exiliados románticos* también protagonizaban *Los ilusos*, que explora de manera más acartonada y redicha lo que en la última resulta fluido e inconsútil, habría que preguntarse por dónde irá el cine futuro del joven guionista y director madrileño. ¿Tendrán siempre que acompañarle intérpretes tan naturalmente dotados como Isabelle Stoffel, Francesco Carril y Renata Antonante, sus mejores cómplices y en es-

El viaje de los tres amigos que cuenta *Los exiliados románticos* parece una “deriva” en el sentido situacionista.

gros que la singularizan es su mezcla de lo improvisado (lo aportado por la realidad ambiental, los accidentes y las ocurrencias *in situ*) y lo ideal, no solo motor del viaje sino del filme, de su luminosidad especial, festiva en exteriores y cálida sin empalago (en un excelente trabajo de Santiago Racaj), y su planificación, que favorece las tomas largas, frontales, y los planos secuencia. En su aparente desestructura, *Los exiliados románticos* se articula también en tres encuentros ligados a las tres mujeres antes nombradas, y todo lo que sucede (poco siempre) y se habla (en abundancia) en torno a ellas, o con ellas, acaba por dar al relato trepidación y substancia, elementos, aquí inesperados, de las mejores historias. Con una deliciosa, y no sabemos si también deliberada determinación: la ligereza de lo mostrado es tal y la duración del filme tan reducida (recuerda la de las comedias sintéticas del Hollywood de los años 1930), que el desenlace en el lago de Annecy deja dos sensaciones contrapuestas, ninguna de las dos desagradable. La primera es que *Los exiliados románticos* solo se podía acabar así, en “lo abierto”, con sus personajes distantes de la cámara, despegados del

te caso, por lo visto y oído, inventivos coautores? ¿Estarán todos dispuestos a compartir sus andanzas y sus vericuetos? La inquietud se disipa cuando uno revisa la película en la memoria; la cena grupal, numerosa de elenco, en la casa parisina de Jim Haynes, funciona estupendamente, en torno al eje de Isabelle Stoffel, y de la limitación expresiva de Vito Sanz y Vahina Giocante, el director, sentándolos diez minutos sin cortar el plano en una terraza de los Jardines de Luxemburgo, obtiene un resultado de poderosa y elegante emotividad. Nos gustará en cualquier caso, estén ellos o no ante la cámara, saber si escenas de una belleza tersa como la de la conversación ante el parapeto de piedra en que Renata y Francesco hablan de los cuentos de Natalia Ginzburg, o la posterior en la cocina, en que ambos retoman el diálogo, las citas combinadas y el presentimiento de una crisis, algún día las interpretarán otros y nos seducirán igual. Entonces Jonás Trueba habrá dejado tal vez de ser iluso, o exiliado, siendo de desear que no por ello abandone su deriva. —

VICENTE MOLINA FOIX (Elche, 1946) es escritor. En 2014 publicó *El invitado amargo* (Anagrama), escrito con Luis Cremades.

CINE

Toronto 2015: el cine que vendrá



FERNANDA SOLÓRZANO

El Festival Internacional de Cine de Toronto (TIFF, por sus siglas en inglés) es el más vasto, democrático e incluyente de los pocos que integran la llamada “categoría A”. A diferencia de los festivales de Venecia, Berlín, Cannes y Sundance —con los que comparte rango— el de Toronto da al público, no a un grupo de *conocedores*, la facultad de decidir cuál es la mejor película exhibida en sus diez días de duración. Ningún “premio del público” es tan codiciado como el del TIFF: la película que lo obtiene, así como otras que prueban ser populares entre sus asistentes, tiene garantizada la atención de los medios. Más importante, se perfilan como candidatas de los premios de la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas (trece películas ganadoras del premio del público en Toronto han sido nominadas al Óscar como Mejor Película; cinco de ellas lo han obtenido).

Tanta mención de medios, gustos de la mayoría y posibles estatuillas darían la impresión de que la programación del Festival de Toronto tiene un corte orientado al mercado. No es así. Además de recoger películas ganadoras de otros festivales, el TIFF sigue la trayectoria de los directores más reconocidos. En la misma proporción, es plataforma de talentos emergentes y de propuestas independientes (como Sundance, aunque este da prioridad al cine norteamericano). Así, el TIFF es influyente no por proponer cánones a través de premios sino por ser la puerta de entrada a Estados Unidos y Canadá —a sus distribuidores, críticos y públicos— para películas que de otra manera tendrían poca visibilidad.

Otro de los atributos notables del TIFF —para algunos virtud, para otros defecto— es la vastedad de su oferta: este año el festival conmemoró sus cuarenta años

con casi cuatrocientas películas. Una vez que uno abandona la pretensión de cubrir algo parecido a una “muestra representativa”, la experiencia de choque que supone ver películas de temas y tonos dispares, una después de otra, acaba siendo gozosa—incluso reveladora—. (Cuando la última cinta de un *maestro* reconocido palidece ante la fuerza de una ópera prima de cine de géneros es momento de revisar la vigencia de los cánones.)

Comparto con el lector una parte de mi experiencia de choque en la reciente edición del TIFF. Por lo mencionado párrafos arriba, esta lista puede servir de atisbo al cine que llegará a carteleras a lo largo de 2016.

Son of Saul, de László Nemes. Un prisionero en Auschwitz se encarga de guiar a otros a las cámaras de gas y de desecharlos sus cadáveres. La cámara cerrada en su rostro y una mínima profundidad de campo vuelven difuso el entorno. ¿El efecto? Sentirse inmerso en un tipo de horror que escapa a la comprensión.

Hitchcock/Truffaut, de Kent Jones. El registro audiovisual de la entrevista de 1962 que dio lugar al famoso libro. Las escenas dejan ver a un Truffaut avasallado por la admiración y a un Hitchcock agradecido y con la guardia baja. Para no variar, Scorsese aporta los comentarios más iluminadores.

Heart of a Dog, de Laurie Anderson. Un potente ensayo lírico que conjuga distintos lenguajes y en donde la artista reflexiona sobre la catarsis que genera la muerte. Usa como ejes la pérdida de su madre, de su perra Lolabelle y de su marido Lou Reed, atribuyendo a cada uno distintas enseñanzas.

The Witch, de Robert Eggers. Situada en la Nueva Inglaterra de principios del siglo XVII, la historia de una familia expulsada de su comunidad es lo mismo un relato realista sobre el peso de la superstición que un cuento sobrenatural sobre el origen de las brujas. Pulida, rigurosa y de atmósfera inquietante.

Anomalisa, de Charlie Kaufman y Duke Johnson. Una historia de amor imperfecta entre un hombre deprimido y una chica insegura. Aunque sus protagonistas son modelos animados con



stop motion, resulta más verosímil que la mayoría de los romances de cine.

Our Little Sister, de Hirokazu Kore-eda. Narra el encuentro entre hermanas que, sin saberlo, pagan errores paternos y se disponen a repetirlos. Nadie supera a Kore-eda en el arte de narrar relatos ligeros en apariencia pero que tienen subtextos trágicos sobre la vida familiar.

Truth, de James Vanderbilt. Recuento de la polémica que desató el escrutinio en televisión de la carrera militar de George W. Bush, y que provocó el retiro del periodista Dan Rather. Estupendos Cate Blanchett y Robert Redford en los protagónicos. Un sólido debut de Vanderbilt.

The Lobster, de Yorgos Lanthimos. La sociedad no admite solteros/as: si en un plazo de 45 días no forman una relación, habrán de convertirse en el animal que elijan. Sátira de la idealización de la vida en pareja que deriva su humor de los paralelos con la realidad.

Room, de Lenny Abrahamson. Ganadora del premio del público, narra la historia de una madre y su hijo de cinco años que han vivido secuestrados desde el nacimiento de este. Escapan, y la cinta adopta la perspectiva del niño que ve el mundo por primera vez. Complaciente en su segundo acto, vale por su pequeño actor.

Spotlight, de Tom McCarthy. Sigue el trabajo de los periodistas del *Boston Globe* que descubrieron la red de pederastia encubierta por la Iglesia católica. Una de

las favoritas del público, demuestra—junto con *Truth*—la consolidación del periodismo de investigación filmado.

The Devil's Candy, de Sean Byrne. Relato de posesión satánica que juega con las convenciones: propone como víctima a un padre de familia amoroso, fan del *heavy metal* y pintor de murales que revelan la influencia del mal. Una de las cintas con mejor imaginación del festival.

Love, de Gaspar Noé. Pura especulación, pero uno imagina a Noé planeando su cinta a partir de una imagen: un pene eyaculando en 3D. El capricho no justifica las dos horas alrededor de la toma. *Love* falla como provocación y como “aproximación sentimental al sexo”, palabras del álgido ego de Noé dentro de la cinta.

High-Rise, de Ben Wheatley. Esperada adaptación de la novela de J. G. Ballard, deslumbra por su estética estilizada de la decadencia. Menos elaborada es la tensión entre los ocupantes del edificio del título, quitando a la cinta poder como metáfora de estratificación social.

The Program, de Stephen Frears. Biopic sobre el ascenso y caída del ciclista Lance Armstrong. Con oficio, Frears vuelve comprensibles los innumerables datos del caso, sin que eso signifique *explicar* a su personaje. Notable Ben Foster encarnando al inescrutable Armstrong. —

FERNANDA SOLÓRZANO, ensayista y crítica de cine. Mantiene en el blog de *Letras Libres* la videocolumna *Cine aparte*.

FOTOGRAFÍA

La larga travesía de un fotógrafo errante

E

MARTA REBÓN

slovaquia, 1967: dos columnas humanas flanquean a una difunta depositada en un féretro bañado por la luz lechosa que se cuele por la mísera ventana de una cabaña gitana. Sentimos la magnificencia muda del momento. Hay algo teatral, rictus de dolor, las mujeres envueltas en toquillas miran al frente, algunas con bebés en los brazos, una niña con el rostro iluminado mira a cámara. El silencio tiene la intensidad de un drama épico: el fotógrafo es uno más en el funeral. Esta es una de las ciento cincuenta imágenes del legendario fotógrafo checofrancés Josef Koudelka que integran la retrospectiva *Nacionalidad incierta* y, al contemplarlas, se imponen dos preguntas que van más allá de una obra artística construida en torno a la identidad, la historia, el desarraigo y el paisaje como espejo del hombre. Esas preguntas son qué significa



ser fotógrafo y qué es una buena fotografía. Para Koudelka, miembro pleno de la agencia Magnum desde hace más de cuatro décadas, las respuestas están claras. Por eso sus instantáneas, al margen de cuál sea el formato elegido (35mm, medio, panorámico) aunque siempre en un recurrente blanco y negro, son tan reconocibles. Una buena imagen, para este ojo infatigable que anduvo errante más de tres lustros a lo largo y ancho de Europa convertido en

apátrida, y al margen de la ley como su homónimo Josef K. en el relato kafkiano, es aquella que es capaz de explicar una historia diferente a cada espectador. Fundiendo la mirada documental con la artística a través de su lente, captó imágenes que se incrustan como la hiedra en la mente del espectador, resultado de sus años de convivencia con *troupes* de teatro y comunidades gitanas, a las que llegó atraído por la música tradicional, de su arrojo denun-

Fotografía: Cortesía Mapfre / Josef Koudelka / Magnum Photos

EL GATO VITTORIO *Decur*



ciador ante la irrupción de los tanques soviéticos en las calles de Praga, a la cual se despojaba de su floreciente Primavera para sumirla en un prolongado invierno, o de su peregrinaje por ferias y fiestas populares alrededor de Europa Occidental. Siempre en camino, tercamente independiente, durmiendo a campo raso, sin aceptar encargos que coartaran su insobornable mirada, Koudelka ha erigido una obra incontestable sobre el malestar y el desarraigo del siglo XX, reinventada en cada proyecto con la sintaxis que impone el uso de una cámara distinta, y cuyas reflexiones siguen siendo válidas para confrontar los males presentes. Sus libros, también exhibidos en la muestra junto a los materiales de preparación, son el medio de expresión por antonomasia de sus proyectos artísticos, donde se hace más evidente su método tenaz, tal vez vestigio de su formación como ingeniero, basado en seleccionar, ordenar, probar y reevaluar su archivo.

NACIONALIDAD INCIERTA
Fundación Mapfre de Madrid hasta el 29 de noviembre.

Koudelka ha dedicado años a reconfigurar las maquetas de *Gitanos*, *Exilios*, *Caos* o *El triángulo negro*, para gran desesperación de su editor y amigo Robert Delpire. Desde las páginas de sus primeros estudios, que sorprenden por la libertad de experimentación al recortar y recomponer sin complejos las imágenes para descubrir lo maravilloso en lo cotidiano del negativo, hasta la monumentalidad de sus últimos paisajes panorámicos, asistimos a la progresiva desaparición de la figura humana, que ha dejado tras de sí un territorio herido. Murallas, ruinas, cascos, concertinas,

minas a cielo abierto, chimeneas humeantes, muros acribillados, grandes bloques de hormigón y espigones que marcan un límite artificial al mar pueblan una cartografía de la desarmonía en el habitar del hombre en el mundo. En 1968, Koudelka fotografió su muñeca en primer plano mostrando la hora que marcaba su reloj de pulsera con el perfil de Praga en el horizonte. El tiempo se había detenido tanto en la película sensible como en las calles vacías, una prefiguración de los paisajes modernos koudelkianos que reconfiguran nuestro concepto de lo sublime. En uno de ellos, en la Rumanía de 1994, una panorámica nos muestra las aguas del delta del Danubio surcadas por una barcaza que transporta una estatua de un Lenin defenestrado, rumbo a ninguna parte, como en los encuadres sostenidos de Theo Angelopoulos en *La mirada de Ulises*. En el prólogo a uno de los libros de Josef Koudelka, el poeta polaco Czesław Miłosz dijo que el exilio te destruye, pero que si no lo consigues te hace más fuerte. Estas dos fotografías, una de 1968 y otra de 1994, atravesadas por la idea del tiempo, jalonan una travesía: la que va de P. P. —el anónimo “Prague Photographer”, rúbrica bajo la cual se vio forzado a firmar algunas de las cinco mil fotografías que disparó en apenas siete días durante la invasión soviética— a J. K., firma con la que acompaña las imágenes que da por buenas en el archivo de Magnum. —

MARTA REBÓN (Barcelona, 1976) es traductora y fotógrafa. Entre los autores que ha traducido al castellano se encuentran Vasili Grossman, Lev Tolstói y Borís Pasternak.

LITERATURA

El efecto Bukowski



RODRIGO FRESÁN

está todo ahí, en el primero de los suyos que leí; uno de esos contados casos en los que sí se puede juzgar un libro por su portada. Y declararlo culpablemente

inocente o inocentemente culpable. Charles Bukowski es uno de esos escritores de los que tu libro favorito entre los suyos siempre va a ser, *for sentimental reasons*, el primero que leíste. *Factotum* fue el primer Bukowski que leí. Adolescente, principios de los años ochenta. En una Buenos Aires dictatorial en la que los libros de la colección Contraseñas de Anagrama respondían en fondo y forma a su carácter *underground*: me los vendían por debajo del mostrador y entre susurros y a un precio poco saludable en una librería contracultural donde estaba claro que títulos como *El libro de la yerba*, *Ciego de nieve: traficando con cocaína*, *A la rica maribuaná* y otros sabores y, sí, *La máquina de follar* y *Erecciones, eyaculaciones, exhibiciones* no podían exhibirse en sus escaparates.

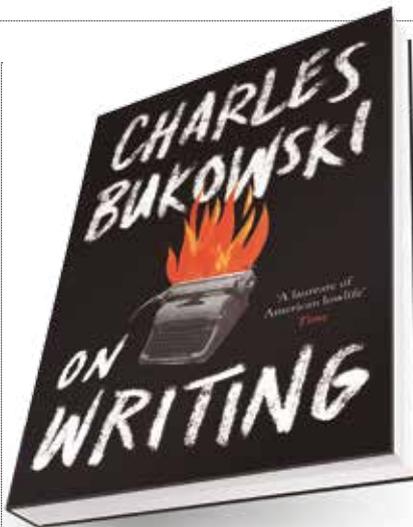


Y cuando me llevé *Factotum* no tenía idea de quién era Bukowski. Pero, ah, esa portada era perfecta para alguien como yo que era escritor desde que tenía memoria: solo faltaba que el resto del mundo compartiera esa certeza y vocación. Un hombre de espaldas miraba por una ventana de una noche ardiendo en neones, en el suelo varias latas vacías de cerveza y un cesto lleno hasta los bordes de papeles abollados, y en el escritorio una botella de bourbon a medio camino y lo más importante de todo: una vieja pero fiel máquina de escribir sacando la lengua de una página cubierta de letras. Fue amor a primera vista y los amores a primera vista son una relación más bien utilitaria y de mutuo provecho: algo tan intenso como pasajero.

Así, incrementé los *royalties* de Bukowski y Bukowski me prestó el disfraz de maldito con tantas ganas de ser bendecido. Y *Factotum* era la primera novela de Bukowski que se publicaba; nunca me interesaron sus relatos o sus escritos de viejo indecente y jamás me adentré en los poemas que muchos aseguran son lo mejor de su producción— fuimos felices a lo largo de *Cartero*, *Mujeres* y *La senda del perdedor*; ya adquiridos por mí en España, a lo largo de uno de esos viajes iniciáticos y autostop. Después —con la inmediata llegada a mi mapa de los *beatkinks* y Vladimir Nabokov, y degeneraciones más *cool* como la de los tempranos Martin Amis & Ian McEwan, y el gracioso revulsivo en serio Kurt Vonnegut— el chiste dejó de tener tanta gracia. Y, además, lo cierto es que el Chinaski *way of life* no me interesaba como rutina y resaca. Bukowski fue uno de esos autores que funcionan a modo de guía en un momento de la vida. Presumo que para muchos la misma función cumple por estos días la “Literatura del Yo” del solipsista Karl Ove Knausgård.

No teman (lo siento): ya se les pasará. O eso espero.

Pero quien no pasa —por más que a mí se me haya pasado— es Charles Bukowski. Decenas de ediciones, su efecto saltando sobre sucesivas generaciones, su potencia superando la de pasajeros sucesores en el arte de la transgresión y el mal vivir dandy como Bret Easton Ellis, Irvine Welsh, Will Self, Pedro Lemebel, Enrique Symns, Gustavo Escanlar, Andrés Caicedo, Claudio Bertoni, Guillermo Fadanelli, Pedro Juan Gutiérrez y los amos de la diatriba Michel Houellebecq y Fernando Vallejo.



El chiste dejó de tener tanta gracia. Bukowski fue uno de esos autores que funcionan a modo de guía en un momento de la vida.

Con ese ánimo un poco retro me llevé el recién aparecido *Charles Bukowski: On Writing* (Canongate), recopilación de dichos y cartas y dibujitos y autoburbs vergonzantes a cargo de uno de sus biógrafos, Abel Debritto. Lanzado como parte de los festejos por el noventa y cinco cumpleaños de la bestia (Andernach, Alemania, 1920-Los Ángeles, 1994) junto a la recopilación de cuentos dispersos *The Bells Toll for No One* (City Light Publishers), *On Writing* será seguido por otras dos recopilaciones: *On Cats* y *On Love*.

Y leyendo *On Writing* compruebo que Bukowski no ha envejecido en absoluto. Ahí continúa, intacto, su poderío apto para todo joven. La bohemia como Tierra Prometida. El triunfal perdedor que acaba teniendo éxito, codeándose con Sean Penn, tarareando con Leonard Cohen y cantado por U2 y Fito Páez y recitado con veneración por Tom Waits (y condenado por Nick Cave con un “¡Bukowski era un imbécil! ¡Berryman era mejor!” en “We Call Upon the Author”), siendo adaptado por el cine (con los rostros de Ben Gazzara & Matt Dillon & Mickey Rourke), homenajeado por la nueva TV (*Californication*), adorado por los franceses (Sartre y Genet), estudiado como “el eslabón perdido entre Henry Miller y Raymond Carver”, y celebrado por sus bravuconadas desde un Más Allá

que parece quedar a la vuelta de la esquina en el primer bar con el que te cruces.

Que quede claro: Bukowski es peligroso y tóxico y el mejor de los malos ejemplos. Bukowski tiene algo de Donald Trump y de Serge Gainsbourg y reclama para sí la siempre cómoda y resultona pose del *idiot savant*. Niños, no intenten hacerlo en su casa. Y lo de antes: les deseo que se les pase pronto y que vayan a dar a otras calles más iniciáticas y nobles y épicas como, por ejemplo, las de *Los detectives salvajes* de Roberto Bolaño. Y desde allí hasta el infinito y más allá.

Mientras tanto la radiación de Bukowski es aún mayor en tiempos en los que el rock se ha institucionalizado y los manuscritos adolescentes de circulación íntima han mutado a blogs y a tuits en los que todos se sienten autorizados a decir y hacer pública cualquier cosa. *On Writing* es como el antimanual perfecto para todo aspirante a aspirar con instrucciones y *dictums* del tipo no te preocupes por la gramática, a menudo lo primero que te sale es lo mejor, escribir es como hacer el amor, no hay ideas malas y, ah, confesiones del calibre de “yo continué escribiendo no porque sintiese que era muy bueno sino porque los demás eran tan malos, incluyendo a Shakespeare y todos esos” y apreciaciones del voltaje “Kafka no es interesante porque no aparecen muchas mujeres”.

También, digámoslo, Bukowski admite la feroz superioridad de Céline y de algún otro como John Fante, que es Dios en su panteón. Y, sí, hay ahí dentro mucha pasión pura y auténtica entrega. Y otra ronda para todos. Hank invita.

Se bebe a Bukowski predicando sobre la escritura con la afectuosa resignación con que se escucha a un ex mejor amigo, después de tantos años sin verlo, tan parecido a un Peter Pan arrugado en el medio de una fiesta borracha. Parafraseando al clásico infantil de James Matthew Barrie: “Todos los escritores, menos uno, crecen.”

Bukowski, para bien o para mal, sigue por siempre joven.

Y, aunque no crezca, se agranda.

Y —por suerte para él y para sus herederos— cada vez hay más necesitados de que les aseguren que para escribir no hace mucha falta eso de leer. Con vivir o tuitear alcanza y sobra. —

RODRIGO FRESÁN (Buenos Aires, 1963) es escritor. Su libro más reciente es la novela *La parte inventada* (Literatura Random House, 2014).

A close-up, high-angle portrait of Svetlana Alexievich. She has short, dark, wavy hair and is looking slightly to the left of the camera with a thoughtful expression. Her right hand is resting against her cheek. The lighting is soft and directional, highlighting the texture of her skin and the details of her face. She is wearing a dark, textured garment, possibly a sweater or scarf.

**PREMIO NOBEL DE
LITERATURA 2015**
**SVETLANA
ALEXIÉVICH**

"La vida ofrece tantas versiones e interpretaciones de los mismos eventos que ninguna ficción ni ningún documento por sí mismo pueden lidiar con tal diversidad", ha dicho Svetlana Alexiéovich. Sus reportajes polifónicos iluminan sucesos clave del siglo XX, como Chernóbil o la Segunda Guerra Mundial, reconstruyendo esa multiplicidad de puntos de vista. Su audacia literaria y su compromiso con la realidad han sido reconocidos este año por la Academia sueca.

POLÍTICA

El león Cecil y la pacificación de las costumbres

U

JORGE SAN MIGUEL

Un día de verano, una pareja camina por una senda forestal. Se internan en el bosque y, al volver una curva, encuentran una construcción de alambre y cemento. Cuando se acercan, ven que la instalación, más propia de un zoo rudimentario que de una finca rural, está ocupada por una familia de jabalíes que hoza con despreocupación. La pareja contempla un rato la plácida escena hasta que el hombre repara en una forma que apenas sobresale del agua grisácea en la piscina más cercana. No consigue identificar qué es. Entonces la jabalina mete el hocico en el agua, arrastra el objeto hacia fuera y comienza a roerlo. Se trata del cuello y la cabeza putrefactas de un corzo. El mismo cazador que ha construido la jaula y ha encerrado allí a los jabalíes aprovecha los restos de sus batidas para alimentarlos.

Esta breve historia es real. De hecho, me sucedió a mí. En ese pequeño cuento de miedo, en la misma extrañeza que evoca, se refleja el choque entre dos mundos: la ciudad y el campo. En la jerga de la ciencia política llamamos clivajes (*cleavages*) a ciertas líneas de fractura profundas en la sociedad, que dividen binariamente a los votantes en torno a grandes cuestiones. Uno de los clásicos es el que separa lo rural y lo urbano. La distancia entre el campo y la ciudad se manifiesta de muchas formas, pero quizás en ninguna de manera tan evidente y a la vez tan callada como en la relación entre el hombre y el animal.

El verano pasado la muerte del león Cecil provocó una conmoción global. Del cazador que lo mató supimos que era un dentista de Minnesota, de nombre Walter Palmer, que supuestamente había pagado cincuenta mil dólares por matar al “león más hermoso de Zimbabue” con una ballesta. Las autoridades acusaron al caza-

ador y a su guía de no tener los permisos necesarios para matar al animal, y el guía y el propietario del terreno donde murió Cecil acabaron en los juzgados. Palmer volvió a EEUU sin consecuencias legales, pero sufrió durante semanas una de las ya tristemente familiares campañas de acoso en internet. Y los zimbabuenses, mientras tanto, no parecieron darse demasiado por enterados, ni echar de menos a Cecil tanto como los internautas.

El duelo por Cecil no es único, a pesar de una difusión global con quizás pocos precedentes. Hace un año hablabamos de Excálibur, el perro de la enfermera Teresa Romero, sacrificado en circunstancias polémicas. Y celebraciones populares como el Toro de la Vega ponen de manifiesto periódicamente



que hay gente a la que le importan mucho la vida y el bienestar de los animales; y otra a la que, en apariencia, le importan bien poco. En el mundo previo a la industrialización —donde la empatía no sobraba; tampoco con las personas—, los espectáculos cruentos con animales fueron pasatiempo habitual en el campo y las ciudades. En España quedan la tauromaquia y otros festejos populares menos refinados como reliquias de ese universo de torturas y brutalidades socialmente aceptadas. Hace trescientos años la aristocracia europea aún se entretenía manteando zorros y rematándolos a palos, y en las ciudades era posible jugar a decapitar gallos y gallinas lanzándoles discos afilados.

Incluso en tiempos industriales continuó la práctica antigua de oponer anima-

les feroces de distinta especie. La forma más común era enfrentar a perros con toros, pero en el Nuevo Mundo se desarrollaron modalidades como la lucha entre osos *grizzly* y toros, en ocasiones de lidia. A medida que en Occidente avanzaba lo que se ha llamado la “pacificación de las costumbres”, el proceso por el que la violencia se proscribía de lo practicable y lo pensable, la crueldad con los animales fue paulatinamente eliminándose u ocultándose en formas vergonzantes justificadas en la alimentación, como la cría industrial. Incluso en este último caso, el discurso contemporáneo avanza en la dirección de reconocer algún grado de bienestar y una muerte piadosa.

Sin embargo, el proceso ha sido menos nítido en el campo, donde el contrato animal sigue presidido por una practicidad a menudo cruda, y donde una población ignorada y envejecida, a veces caricaturizada como el alimañero bestial de Rodríguez de la Fuente, persiste en formas seculares de relación social y con el medio. Tomemos el ejemplo de los perros: si en la ciudad suelen llevar una vida muelle —a veces demasiado—, en los pueblos aún deben ganarse el sustento guardando la casa o la finca, ayudando en la caza o criando. No es infrecuente que vivan encadenados o encerrados, que nadie los busque cuando se pierden en el monte, que se los remate cuando se hieren. Los galgos y podencos adoptados que pasean hoy por barrios pijos son recordatorio de las vidas duras, a veces miserables y cruentas, de sus hermanos en tantos pueblos. Los mismos urbanitas que recu-lamos ante la carnicería acudimos los fines de semana a hacer “turismo rural” y comer platos de caza. Y la caza es omnipresente en el campo español, un campo secreta e invisiblemente armado. Las ramificaciones a veces son insólitas: un amigo me explicó en cierta ocasión cómo el partido de Álvarez Cascos había conseguido organizarse en Asturias en tiempo récord a través de los clubes de caza y pesca. El contraste entre esta realidad rural y la urbana nos recuerda que en las naciones modernas viven grupos diversos, con intereses y valores no siempre conciliables. Y esa parte del país que no vemos a diario en las ciudades ni en los medios nacionales también existe, y vota. —

JORGE SAN MIGUEL (Madrid, 1977) es politólogo y miembro del equipo económico de Ciudadanos.



AGENDA

NO VIE BRE

ARTES PLÁSTICAS
**EL FUTURO
DE NUESTRA
ESPECIE**

El Centre de Cultura Contemporània de Barcelona presenta la exposición *Human+*, una reflexión sobre el futuro de la humanidad y sus límites. Más de cincuenta obras exploran aspectos como la biología sintética o la influencia de las tecnologías emergentes en nuestro comportamiento. Hasta el 10 de abril de 2016.



ARTES PLÁSTICAS
**LA ILUSIÓN DEL
LEJANO OESTE**

Una exposición en el Museo Thyssen repasa el arte norteamericano del siglo XIX que representó la “tierra prometida” del Oeste. A partir del 3 de noviembre.



**CONCIERTOS
EN MADRID Y
BARCELONA**

Su voz remite inevitablemente a Bob Dylan. Su música recuerda a la melancolía de Nick Drake. De visita en Barcelona (Sala Apolo, 22 de noviembre) y Madrid (Sala Penélope, 23 de noviembre), Kurt Vile presenta su elogiado nuevo álbum, *live i'm goin down*.

CINE QUÉ DIFÍCIL ES SER UN DIOS

El Centro Niemeyer de Avilés proyecta *Hard to Be a God*, obra póstuma del cineasta ruso Aleksei German. La película, considerada una obra maestra, cuenta la historia de unos científicos enviados a un planeta donde la sociedad es feudal y la vida es desagradable, brutal y corta. 12 de noviembre.



FILOSOFÍA

Creencias de hoy



MARIANO GISTAÍN

ué nos creemos. Qué me creo en 2015. Las creencias son ahora memes: objetos fugaces, chispazos cerebrales, carne de tuit. Aunque algunas están durando demasia-

do. Nota: no se incluye a Dios.

La creencia esencial es la empresa, paradigma y modelo de todo lo posible. La persona es empresa, la familia es empresa, ISIS es una empresa. La competitividad es personal. Darwin en casa, peleando siempre por todo. Como colchón (teórico) rige ese meme de la colaboración, cooperación, etc. Es un sucedáneo. Cuando competir es imposible, hay que colaborar. (Tendencias curiosas: empresas que mutan hacia el tercer sector: Kickstarter anuncia su reconversión a public benefit corporation). La culminación de esta creencia/meme es el Estado como empresa.

Segundo, la emoción. Se ha establecido que las emociones son todo. Las creencias se refuerzan entre sí: el corolario de las emociones en la empresa es hacer felices a los demás, a los empleados, clientes, comunidad. *Inside Out* es la peli que consagra este renacimiento de las emociones. Ya se ha demostrado la conexión fuerte entre el sistema inmunológico y el nervioso. La gestión de las emociones es el gran meme para sobrevivir. Es un paliativo universal que no entra en conflicto con la gestión dura, numérica, de la empresa y del mundo: es un complemento que también sirve de consolador individual: tómatelo por el lado bueno, sé positivo.

De la vigencia de las emociones y de internet se deriva el meme del marketing: trato personal al cliente. El marketing es la religión actual, gran suavizante de fricciones: la prueba es el papa. Tratamiento personal del cliente (escucharle, pedirle que colabore en el diseño de producto). Significa trato personal gestionado por máquinas. De ahí la importancia de entender las métricas, los datos esotéricos. Salto

epistemológico: persona personalizada por máquina; sentimientos y emociones secuenciados como Big Data. Identificación inapelable: huella dactilar, iris, nube de bacterias individual. Trato personal de su algoritmo (*Her*) que confluye con el internet de las cosas. Eres tu algoritmo. En algún lugar de la cadena de máquinas todavía imaginamos a una persona de verdad, de carne. Pero no existe. La creencia derivada es el robot, Inteligencia Artificial; las advertencias de Bill Gates y Stephen Hawking. Parte de la actividad diaria del que tiene trabajo consiste en averiguar si ya hay máquinas que desempeñan ese trabajo.

El otro supermeme, ya muy consolidado, es el cambio (el cambio es lo único que no cambia). Grandes popes de empresa (¡Empresa!) abogan por instalar el cambio en la cultura corporativa, sobre todo para los subalternos. Obama, discurso en Chicago en 2008: "Allí está la verdadera genialidad de Estados Unidos: que Estados Unidos puede cambiar." Esta apelación univer-

vertido en "el relato oficial al cual la gente vierte la casi totalidad de sus esperanzas". "Hoy nos encomendamos a la ciencia, que aparece como verdadero discurso de salvación y legitimador de cuanto toca." La ciencia es lo más aproximado a lo real, si es que existe tal cosa. Aquí confluye el marketing con la genética: medicinas individuales, personalizadas. Quizá haya que pagarlas a través de la siguiente creencia, que es:

Facebook es la ONU personal. Integra ya a "los demás" y a todo lo que se mueve. Caso real: un hombre que no tiene cuenta en Facebook recibe una llamada de una mujer con la que, al parecer, ha concertado una cita. Ella dice que se han conocido a través de Facebook. El hombre descubre que alguien ha abierto una cuenta a su nombre y la usa para ligar. Tras algunas gestiones, la red social elimina esa cuenta falsa. Para solicitar esa anulación hay que tener una cuenta abierta, etc. Solo puedes hablar con la red desde dentro. El hombre tuvo que recurrir a al-

El mundo es un derivado de Comala, hablamos con los muertos, vivimos entre zombies. Tal vez nosotros mismos estamos muertos y no era para tanto.

sal al cambio acaso contiene el reconocimiento implícito de que algo va mal. Quizá está claro que el objetivo de cambiar no es mejorar sino sobrevivir.

Digresión/hipótesis: el sustrato cultural de estas creencias o memes de la época o temporada larga es Borges. Ejemplos al azar: Cualquier hombre es todos los hombres. "Las manchas de la piel son un mapa de las incorruptibles constelaciones." Sospechamos que somos inmortales y tarde o temprano todo hombre hará todas las cosas y lo sabrá todo. Todo lo que ocurre me ocurre a mí ahora. Hay miles de sentencias borgianas en la base de nuestro imaginario. Somos Borges. Borges y Rulfo: el pensamiento o procesamiento actual se apoya en Borges y Rulfo. El mundo es un derivado de Comala, hablamos con los muertos, vivimos entre zombies. Tal vez nosotros mismos estamos muertos y no era para tanto.

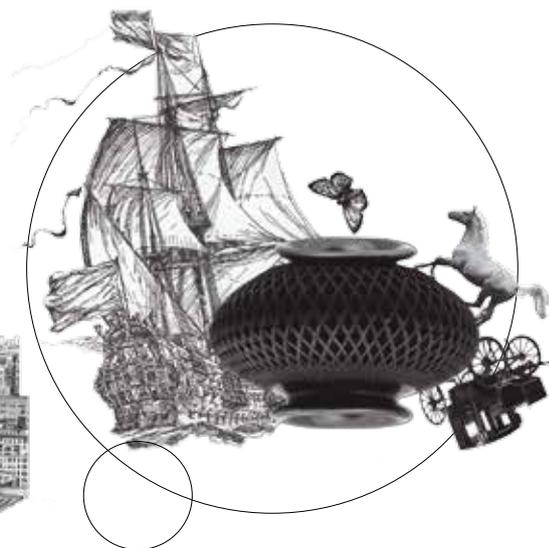
El gran supermeme-creencia-divinidad es la ciencia. El microondas, la vitrocerámica, el láser, internet. Fernández Mallo (*El Cultural*): La ciencia se ha con-

guien que sí tenía un perfil para que pidiera la anulación de su falsa cuenta. El tercer elemento del sustrato cultural, vital, es Kafka. Facebook es el aire: aunque no estés, estás. Te succiona, te engloba.

La creencia en el Estado ha decaído. El Estado balsámico es ahora un depredador, una empresa con restos de monopolio, sometida a los poderes que lo desbordan: mercados, grandes corporaciones, bancos centrales. Empresas como Kickstarter se pasan a public benefit corporation (sería gracioso que una de coches la imitara) y los Estados se vuelven empresa. El ciclo Enron, Lehman Brothers, etc., se reinicia con el caso Volkswagen. La empresa, creencia universal, fundamento de todo, reducto último de la (aspiración a la) confianza, se ha hundido de nuevo.

El último meme, el más asequible, es que hacer ejercicio es bueno: prolonga la vida, mejora la autoestima, etc. Piensa en positivo. —

MARIANO GISTAÍN (Barbastro, 1958) es escritor y columnista. Lleva la página web gistin.net.



VIAJE

Una escocesa en México

“

JENNIFER CLEMENT

Navidad, 1839. Son alrededor de las tres de la madrugada; desperté hace una hora con los cantos que dan la bienvenida a la mañana de Navidad. Y al mirar por mi ventana vi, bajo

una tenue luz, bandadas de niñas vestidas de blanco que cantaban a coro por las calles [...] Como si no hubiese ya viajado lo suficiente con el cuerpo, empecé a hacerlo también con el pensamiento, allá lejos, hacia escenas tan distintas y tan distantes. Finalmente me quedé dormida pensando en Escocia y ¡desperté en México!”

Una de las grandes figuras de la historia mexicana es una escocesa. Las cartas a su familia, publicadas en el libro

La vida en México durante una residencia de dos años en ese país, se encuentran entre los documentos más importantes sobre México. Con más de quinientas páginas, este volumen se ha consolidado como una referencia imprescindible sobre el México de mediados del siglo XIX.

“Fanny” Calderón de la Barca, como se hacía llamar, llevaba por nombre Frances Erskine Inglis. Nació en Edimburgo el 23 de diciembre de 1804. Fue la quinta de los diez hijos de William Inglis, un terrateniente que ostentaba el título de “writer to the signet” (una suerte de juez). Su madre, Jane Stein, estaba emparentada con varias familias nobles de Escocia, incluidos los condes de Buchan. En Escocia, Fanny tuvo una buena educación e incluso viajó a Italia. Sin embargo, en 1828 las dificultades económicas forzaron a su padre a mudar a la familia a Normandía. Después de su muerte, Erskine viajó a los Estados Unidos con la esperanza de ganarse la vida.

Fue en este país donde, a los 33 años, Fanny Erskine conoció a Ángel Calderón de la Barca, de 48. Don Ángel había nacido en Buenos Aires; era hijo de un español empleado del gobierno y había estudiado en Inglaterra. Radicaba en los Estados Unidos en calidad de ministro español en

Washington y, en 1839, poco después de casarse con Fanny, se mudaron a México donde fue nombrado embajador de España, el primero desde que la Corona reconoció al México independiente.

La vida en México durante una residencia de dos años en ese país fue publicado por primera vez en 1843 simultáneamente en Boston y en México. Ese mismo año cosechó reseñas en *The North American Review* y en *The Edinburgh Review*. Desde entonces se le consideraba un documento detallado y preciso y se sugería como guía para los oficiales estadounidenses durante la guerra de 1847.

En la “carta séptima” del volumen, Fanny Calderón de la Barca describe su llegada a la capital: “Hice mi debut en México yendo a misa en la catedral. Paseamos por la Alameda, muy cerca de donde vivimos, y admiramos cómo sus nobles árboles, flores y fuentes brillaban bajo el sol. Encontramos pocos carruajes allí, ocasionalmente algún caballero montado, y unas cuantas personas solitarias descansando sobre las bancas de piedra, también muchos mendigos y los *forçats* encadenados regando las avenidas.”

La vida en México durante una residencia de dos años en ese país es un libro

sorprendente en muchos niveles. La autora fue testigo de la compleja cotidianidad de México, como también de dos pequeños levantamientos, de la crisis del cobre y de un cambio presidencial. Con su aguda mirada pudo imaginarse el México con el que se había encontrado Hernán Cortés tres siglos atrás. Esto apunta al hecho de que ella había estudiado historia mexicana y probablemente, antes de su llegada a México, había leído las cartas de Cortés al rey de España. De hecho, sus impresiones suelen estar enriquecidas por un sentido de la historia. Esto sucede, por ejemplo, con su descripción de una pieza prehispánica: “Después, en el patio de la universidad, vimos la ‘piedra de los sacrificios’. Tenía un hueco en el centro donde recostaban a la víctima mientras seis sacerdotes, vestidos de rojo, con tocados de plumas verdes (debieron parecer pericos), aretes dorados y verdes, y piedras azules en sus labios superiores, lo detenían, mientras el sacerdote principal le abría el pecho, arrojaba el corazón a los pies del ídolo; luego lo recogía y se lo metía a la boca con una cuchara de oro.”

Fanny Calderón de la Barca describe el paisaje, la indumentaria, las costumbres, la música y la cocina de México con referencias que pueden incluir a personajes como Hamlet o Medea. Así

En sus recuentos no perdonaba. Su chispa es evidente a lo largo del texto. En cierto momento, por ejemplo, describe la costumbre mexicana de usar zapatos demasiado chicos: “cosa que deshace la gracia ya sea al caminar o al bailar”. Más tarde añade: “los hombres y las mujeres son iguales en todas partes, ya sea envueltos en una graciosa mantilla, con lo último de Herbault, arropados bajo una capa española, con un sarape mexicano, o con un *plaid* escocés”. En otro momento aprovecha una visita del médico a su domicilio para desplegar el gran juego del galanteo mexicano:

Todos los días me tomaba el pulso y me daba alguna inocente pócima. Pero lo que yo realmente recibía era una lección de conversación educada. Siempre que se preparaba para partir, teníamos el siguiente diálogo:

—Señora, estoy a sus órdenes (decía esto a un lado de la cama).

—Muchas gracias, señor.

—Señora, sepa usted que soy su humilde servidor (decía esto al pie de la cama).

—Buenos días, señor.

—Señora, beso sus pies (aquí se detenía junto a una mesa).

—Señor, yo beso su mano.

Una de las grandes figuras de la historia mexicana es una escocesa. Las cartas a su familia, publicadas en el libro *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, se encuentran entre los documentos más importantes sobre México.

que en sus palabras no solo descubrimos México; también nos asomamos a la compleja mente de la autora. En una carta describe los vestidos que usan las mujeres mexicanas en un baile de disfraces: “La señora de G. vestía de María Estuardo, con terciopelo negro y perlas y un espléndido collar de diamantes; lucía muy atractiva; llevaba una toca puesta de moda por Albini en su papel de reina de Escocia, pero aunque la pieza era muy bella, se trataba de una completa variación de la auténtica toca de la reina María. Parecía que hubiera llegado a la flor de la edad sin haber conocido Fotheringay.”

—Señora, mi pobre casa, y todo lo que contiene, yo mismo, aunque sea poco, todo lo que tengo es de usted (decía esto ya cerca de la puerta).

—Muchas gracias, señor.

El aspecto más interesante de *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país* es, sin embargo, el hecho de que Fanny Calderón de la Barca tuvo acceso al silencioso mundo de las mujeres mexicanas de la alta sociedad, de las sirvientas y especialmente de las monjas católicas y dio cuenta de ello. Ningún hombre habría podido relatar estas historias. Sus descripciones de muchachas

jóvenes regaladas a la Iglesia son conmovedoras y críticas. Relata, por ejemplo, cómo hablaba con esas monjas que vivían tras los muros de hierro forjado y, dado que no podía observarlas, se refería a ellas como a “la voz”: “Aunque no la pueda ver, puedo escuchar su voz, y puedo hablar con ella a través de una puerta giratoria de madera que produce un efecto bastante misterioso. Me cuenta de sus ocupaciones y de las pequeñas cosas que se llevan a cabo en el pequeño mundo al interior del convento; mientras yo le traigo noticias del mundo exterior.”

Los Calderón de la Barca pasaron dos años en México. En la última carta que escribe desde México, Fanny reflexiona en torno a cómo ha cambiado su perspectiva de México durante su estancia en este país:

Eso que hace dos años me parecía detestable, ¡hoy me parece delicioso! ¡El pescado es excelente! ¡Los frijoles son incomparables! Parecen minucias; pero, después de todo, el viajero puede comparar los juicios que ha emitido en los distintos periodos para corregirlos justo en las minucias y en los asuntos cotidianos. Las primeras impresiones son importantes si se les toma como tales; pero si se exponen como opiniones definitivas se puede incurrir en el error. Es como juzgar a los individuos por su fisonomía y sus modales, sin haber tenido el tiempo de profundizar en su carácter. Todos lo hacemos de alguna manera, pero ¡con qué frecuencia nos engañamos!

Los Calderón de la Barca permanecieron en Washington hasta 1853 cuando los cambios políticos en España forzaron a don Ángel a regresar a Madrid como ministro de Asuntos Exteriores. En 1861 él murió y Fanny se fue a vivir a un convento situado apenas cruzando la frontera francesa. Más tarde, aceptó una petición de la reina Isabel para educar a la joven infanta Isabel, su hija menor. Calderón de la Barca fue nombrada marquesa en 1876 por méritos propios y pasó el resto de su vida entre la realeza madrileña. Murió el 3 de febrero de 1882. —

JENNIFER CLEMENT es novelista y presidenta del PEN Internacional. Entre sus libros se encuentran *El veneno que fascina* (Emecé, 2009), *Ladydi* (Lumen, 2014) y *La viuda Basquiat*, que Debolsillo acaba de reeditar.